La casa de Marco Gabito

Por ***Jet***

El hombre ya había recibido varias denuncias para cuando llegó la prostituta. Lo llamativo no era verla en la comisaría, con sus medias de red, la minifalda, el buzo bordó escotado con un tajo en *v* y por encima la campera amarilla tan inflada como sus labios. Lo llamativo era verla sentada, cómo trataba de pasar desapercibida. Las rodillas pegadas y las pantorrillas hacia atrás debajo del asiento. La campera sin cierre, pero sujeta solapada sobre su pecho. La cabeza gacha.

La agente Eugenia Torres interpretó que la postura de la prostituta estaba inspirada en la vergüenza. Y pensó que si alguien tenía que tener vergüenza en aquel momento en la comisaría eran todos sus compañeros que contrataban asiduamente los servicios de la mujer, incluido el jefe.

—Georgina Bolsa —anunció.

La mujer se levantó, se puso su bolso y caminó hacia el escritorio.

Se sentó frente a Torres.

—Ayer un hombre contrató mi tiempo por...

—Buenos días.

—Buenos días —repitió Georgina y puso el bolso sobre su regazo.

Torres notó que estaba hecho a partir de un short de jean.

—¿En qué la puedo ayudar?

—Como decía, arreglé con un hombre para pasar la noche con él. No me pareció raro cuando me llamó. Me tenía de referencia por un amigo suyo. Un hombre bastante bien, limpio. Y este... de entrada parecía normal. Por lo menos para lo que estoy acostumbrada. Pero llegué a la casa y...

—¿Qué había?

—Nada, no sé, encendedores... Bidones. No sé...

—¿Y qué hacía el hombre?

—Ahhh, no sé —negó con la cabeza— No pregunto. Mejor no saber. Menos cuando no labura. Mirá si voy a estar sabiendo mucho sobre hombres que están en algo. Porque si no laburan es que están en algo. Si trabajan, bueno, ahí sí, un par de preguntas y listo el pollo.

Torres se acomodó en su silla. Le sonó el celular, lo vio de reojo y volvió a la mujer.

—¿Para qué vino entonces?

—No vine por lo que vi —Sonrió la prostituta.

—¿Por qué vino?

—Porque todo bárbaro de noche. Todo bien con este... —Apretó los labios y miró hacia arriba— Marco Gabito, se llama. Todo bien con él. Hoy de mañana, me acompaña hasta el jardín caballerescamente. O caballerosamente, como se diga...

—Le dijo que lo esperara ahí mientras iba a buscar la plata y después se encerró en la casa.

—Sí, ¿cómo supo? ¿Se lo hizo a usted también?

La policía hizo una mueca y se tocó la caravana de perlas.

—No.

Eso hacía Gabito. Ya había dejado a todos los deliveries de la ciudad sentados en su vereda. Un trabajador de un supermercado se partió dos dedos de los pies pateando su puerta, hasta que se resignó a no recibir el dinero por el surtido que había llevado. Funcionarios de Antel le habían instalado fibra óptica, gratis, sin saberlo. Y hasta un vendedor de repasadores con antecedentes penales había quedado esperando a que Gabito volviera a salir.

En ninguno de los casos la policía había hecho nada realmente. Más allá de tomar declaración de la denuncia y hablar después con Gabito. A esta altura ya ningún bar le mandaba muzzarellas y ningún supermercado le mandaba el surtido para el mes. Así que el comisario decía que se dedicaran a algo más importante.

Por eso Torres sospechaba que el jefe contrataba regularmente a esa prostituta, porque cuando ésta hizo la denuncia, el comisario le pidió a Torres que lo resolviera y que en todo caso consiguiera una orden de Fiscalía para entrar a la casa.

La agente asintió y tomó uno de los autos. La verdad era que ella estaba bastante cansada de Gabito.

El hombre vivía a unos diez minutos en auto del centro. Torres se preguntó cómo había vuelto la prostituta. Había tenido que caminar media hora para volver. Quizá lo primero que había hecho de vuelta en el centro fue ir a la comisaría.

El sol libre en el cielo despejado le daba al hogar de Gabito cierta belleza salvaje o por lo menos rural. Otro día, un día nublado, era deprimente. El cartel de *Cuidado con el perro*, que era tan viejo que seguro había sobrevivido a cualquier perro. Las piezas de metal, donde Gabito habría buscado sus últimos tornillos, en el pasto de medio metro. La pintura verde oscuro que cubría la casa, tan horrible, que uno hinchaba porque ganara la humedad.

No había timbre. Torres dio unos aplausos, detrás del portoncito de alambre.

—¡Policía!

Gabito salió de la casa, sin ningún drama, como siempre. Por las veces que había interactuado con él y por lo que había oído, para Torres era una de esas personas que en un momento son simpáticas y accesibles, y después, de la nada, se encierran.

Era, además, un hombre alto de poco más de cincuenta años. Se acercó por el camino de baldosa.

—Ta, fresco, ¿no? —le dijo a Torres.

Sin disimular, ella recorrió su mirada por el atuendo de Gabito. El hombre tenía una bermuda beige, una remera verde claro y unas medias con sandalias.

—Vestido así... Ya casi es invierno, Gabito.

—Adentro hace calor.

Su nariz y mejillas lo atestiguaban con un brillo. El hombre se acodó el pelo detrás de la oreja; también estaba húmedo.

—¿Qué tiene ahí adentro? ¿Una estufa? —Preguntó la policía y miró por encima de la cabeza del hombre —La vez pasada no vi una chimenea.

—Qué atenta. Es nueva.

—Así que tiene plata para poner una estufa, pero no para pagar una pizza, cosas del supermercado...

—¿Otra vez con lo mismo?

—Fue a la comisaría una mujer que pasó la noche acá.

Gabito puso los ojos en blanco y sacudió la cabeza.

—Una prostituta —añadió la agente.

—Una prostituta fue a una comisaría. ¿Y no la llevaron presa? Cómo se nota que ya no les importa.

—Es legal la prostitución.

—Qué dice eso del sistema, ¿no?

—Ah, porque usted ayuda tanto al sistema.

—Yo trato de ayudar, sí.

—Mire... —Torres se detuvo. Tenía que dejar de involucrarse en ese tipo de discusiones— No importa. Ya hizo lo mismo varias veces...

—Y nunca pudieron confirmarlo.

Torres se liberó de su flojo corsé de cortesía y lo miró con su cara más antipática, más suya.

—Porque no se hizo todo lo que se pudo.

—Lo que decía... lo mal que está la policía.

—No, no es que esté mal —Se molestó Torres— es que hay otras cosas más importantes que un ratón que no le paga a una prostituta. Por lo menos por vergüenza...

—Por eso. Cosas más importantes. ¿Para qué vino?

La policía se pasó las dos manos por la cara.

—¿Por qué sigue haciendo esto? ¿Por qué no paga? Debe ser un trastorno a esta altura, no puede ser solo por no gastar.

—No es un trastorno.

—¿No?

—No, la verdad que no. Estoy perfecto.

—¿Qué es entonces?

—Es que no tengo tiempo para trabajar. Y de alguna forma tengo que cumplir con todas mis necesidades.

Torres soltó aire por la nariz.

—¿No tiene tiempo? Es un martes a las diez de la mañana, está en su casa ¿y no tiene tiempo?

—Estoy haciendo otras cosas. Importantes. Si tuviera que trabajar ocho horas, ya no podría hacerlo. No tengo la suerte que tienen algunos de vivir de un campo, de una renta.

—Yo tampoco.

Del fondo de la casa aparecieron tres ovejas.

—¿Desde cuándo...? —Torres supo que habían sido esquiladas pocos días atrás— ¿Y por qué las esquiló ahora que se viene el invierno?

—Tenía que hacerlo. No se preocupe. Estoy pensando en comprarles buzos. ¿Conoce alguna tienda de ropa que haga deliveries?

—¿Se puede saber qué está haciendo?

Los atravesó una ráfaga de viento. Torres llevaba un gorro de visera, pero su cola de pelo escapaba por detrás. Los mechones se agitaron con el viento y en horizontal parecieron la cola de un caballo que huía.

Hacía frío y Gabito estaba de bermuda y remera.

—La mujer que fue a la comisaría dijo que estaba haciendo algo raro.

—¿Dijo eso? Por lo menos lo registró. Traté de explicárselo, pero la puta no dio bola.

—Me lo puede explicar a mí.

—¿En serio? ¿Tiene curiosidad?

La curiosidad de Torres se había estropeado apenas había empezado a trabajar, como zapatos blancos en una tarde de barro, pero no se lo dijo a Gabito.

—Quiero saber.

—Bueno. Le voy a decir algo... Siempre viene con un compañero y la veo callada. El otro siempre habla un montón. Hay uno bajito de bigote, ¿no? Bueno... —Hizo una ademán con la mano, como diciendo que no importaba—Pero las mejores son las personas que no hablan mucho. Son las que saben más. Son las curiosas. No se quieren perder de nada.

—Claro —dijo Torres y lo miró a los ojos —¿Puedo pasar?

—Pase.

Se acercaron por el camino. La ribera de piedra perdía terreno ante el pasto del jardín. Las tres ovejas andaban con parsimonia. En ellas reposó la mirada Torres, mientras pensaba cómo las habría conseguido Gabito.

Llegaron a la puerta. Antes de ingresar, Torres vio a su derecha un gato negro con una especie de capa azul colgada de su cuello y una manguera verde.

Entraron a la casa.

Había olor a quemado y a una esencia química que le allanó de forma punzante las narinas a Torres. La casa tenía una pequeña cocina a la izquierda, al fondo una sala de estar y a la derecha una puerta que llevaba, supuso la agente, al dormitorio.

Gabito fue hasta la cocina. Torres siguió hasta la sala, que tenía un sillón de tapizado verde y florcitas. El televisor era de esos viejos con cola.

Torres confió un poco más en la versión del hombre, de que no dejaba de pagar solo por hacerse el vivo.

En el suelo había una pequeña garrafa con una hornalla encima. En una vieja mesita plegable descansaban vasos, embudos y tazas de medir, pero la escena a Torres no le sugería laboratorio de drogas.

—Es lindo que entre una mujer sin que le tenga que pagar —bromeó el hombre desde la cocina.

—Me pagan por hacer estas cosas—le contestó y se acercó a la mesa plegable.

Todos los recipientes estaban vacíos, pero seguían soltando un olor químico.

—Por eso... —el hombre apareció a su lado— Vocación.

La agente siguió analizando la sala. Dentro de la estufa no había cenizas, solo un táper transparente con agua. Al lado de la estufa, reposaba un cajón de madera repleto de lana chamuscada.

—¿Sabe cuándo volví acá? —preguntó él.

Torres frotó la lana con sus dedos y después se los olió.

—¿Cómo?

—Me vine de Montevideo hace como siete años.

—Ah.

—Sí, estuve allá desde que empecé en la facultad de Química, ahí en General Flores, ¿ubica?

—No, no conozco mucho Montevideo.

—Bueno estuve ahí desde muchacho. Me recibí, conseguí trabajo y viví muchos años, con varias parejas. Pero cuándo se murió Vanessa... dije: tengo que salir de acá.

Torres se volvió hacia el hombre.

—¿Cómo se murió?

—Era camionera —Asintió con la cabeza— Sí, sí, muy interesante una mujer camionera. Pero a mí me gustaba. Me cagaba de la risa con ella. Y siempre estaba completamente bronceada.

No le importaba mucho maquillarse, ni verse bien, pero tenía esas cosas... Para equilibrar el color del brazo que siempre tenía afuera de la ventana, se tapaba esa parte con un pañuelito azul que tenía y tomaba sol hasta tostarse el otro brazo, las piernas y la cara. Siempre lo hacía, los fines de semana en nuestra casa en Capurro. —Gabito se sonrojó y se le humedecieron los ojos —Quedaba linda y además yo siempre le decía que las partes blancas eran las mías.

»Un día tuvo un accidente. Colisionó contra otro camión y la cabina quedó toda compacta. —Gabito apretó una mano contra la otra—. Ella no murió por el golpe, pero se empezó a prender fuego el camión. Dio golpes contra el vidrio, me imagino... Dio golpes y no pudo salir.

Torres no dijo nada. Nunca había sido buena para momentos de tensión emocional. Solo se dijo que si fuera ella, le gustaría que le dieran espacio y que no le hicieran preguntas estúpidas. Dio unos pasos por la sala de estar y trató de entender cómo se conectaba la historia con el proyecto del hombre.

—Estuve un tiempo buscando a quién culpar. Acampé dos días frente a una concesionaria de la marca del camión donde murió calcinada, reclamando, pero nadie me dio bola. Después con la empresa. ¿Por qué no lo habían previsto? ¿Cómo podía pasar que una persona sobreviviera a un choque así y que todavía después muriera calcinada? No me dieron bola. Me explicaron, yo qué sé, bla, bla, bla. Con Bomberos nunca hablé, porque no quería que ellos me convencieran de que tampoco fue su culpa.

Torres vio que en una esquina de la sala de estar había varios bidones blancos. Antes de tocar una tapa, apoyó un pie y piso un charco. Miró hacia abajo. El piso estaba todo mojado.

—Después de muchos años me di cuenta que podía hacer algo al respecto. Podía prevenir que le pasara a alguien más. Pero no sabía bien qué hacer. Estuve en una lista de un partido medioambiental, yo qué sé, para prevenir incendios forestales. Pensé que en algo se conectaba. Hasta que un día estaba en una pinturería, comprando pintura para esta casa, en realidad, cuando vi un barniz ignífugo. ¿Sabe qué es? Lo pasás por superficies y cuando entra en contacto con fuego, tiene una reacción química que hace que las llamas no se propaguen por esa superficie, o que lo hagan de una forma más leve.

Torres vio una de esas botellas de plástico con rociador en lugar de tapa y lo que parecía un colorido hormiguero formado por cientos de encendedores.

—A partir de la composición del barniz, logré una nueva mezcla que funciona con otras superficies. Por ahora no logro que funcione en la piel más de dos horas. —Se bajó la media de su pie izquierdo. La piel estaba deforme, con relieves y cráteres —Pero con las manos tengo más cuidado. Páseme ese bidón, por favor.

Torres se llevó la mano al revólver.

—Le voy a pedir que me acompañe a la comisaría.

Gabito soltó un suspiro.

—Dios mío...

—Salgamos de la casa y me cuenta...

—No. Déjeme mostrarle. ¿No tenía curiosidad?

Gabito dio unos pasos hacia los bidones. La policía se interpuso.

—Me estás jodiendo, ¿no? —El hombre se mordió los labios y miró para otro lado.

—No, no lo estoy...

Gabito intentó agarrar uno de los bidones, pero Torres le golpeó el brazo.

—Aléjese.

—Ok... —Gabito caminó hacia atrás — No pasa nada.

—¿Qué tiene ahí?

Gabito sacó la botella con el rociador y disparó al rostro de la policía. Ella soltó un grito y sacó el revólver. El hombre se agachó antes de que saliera la bala.

El disparo fue un estruendo. Torres se pasó la mano por la cara. Gabito le había tirado alcohol.

Lo buscó con la mirada. Lo encontró. El hombre había agarrado la garrafa de gas y se la lanzó a la cara. Le acertó en la frente. La mujer trató de mantenerse en pie, pero se resbaló con el piso mojado y cayó. La parte de atrás de su cabeza se estrelló contra el suelo.

Gabito corrió hacia ella y también patinó. Sacudió los brazos bien abiertos y las piernas se le separaron. Logró quedarse en pie. Pateó el revólver de la mano de Torres y luego fue a buscarlo.

La policía se apoyó en sus codos y trató de levantarse, pero se sintió desfallecer. La cabeza le dolía y le daba vueltas. Se dio cuenta que tenía a Gabito apuntándole con el arma.

El torso del hombre atravesó su campo visual. Gabito tomó uno de los bidones y lo pasó por encima de la cabeza de Torres. Ella le agarró el tobillo. Él le apuntó con el revólver y sacó el seguro. La policía lo soltó.

—Gabito, por favor.

—Cierre la boca.

—Pero...

—Cierre la boca.

Ella hizo lo que le ordenaba. Gabito giró la tapa del bidón.

—No, no, no.

Torres levantó las manos, cerró los ojos y el hombre la cubrió de alcohol.

—Tranquila —le dijo Gabito— Es solo para no tener que amenazarla con el revólver. No me tengo tanta confianza con las armas.

Torres separó los párpados mojados en alcohol. El hombre estaba agachado junto al montón de encendedores.

—A ver...

Sacó uno e intentó prenderlo. No funcionó. Tomó otro, giró la ruedilla y tampoco se encendió. Gabito había dejado el revólver en el piso. Torres se apoyó sobre sus codos, dispuesta a atravesar el mareo.

—Quédese quieta. —Gabito se volvió a dar vuelta—. Solo le quiero mostrar algo. Mire...

Volvió a hurgar en la montaña de encendedores. Finalmente, una ruedilla raspó y su sonido antecedió a la llama. Torres empezó a levantarse.

—Pero ¡quédese quieta! —gritó Gabito —¿No se da cuenta que si se me acerca ahora se prende fuego?

La mujer se sorbió la nariz y recorrió sus facciones con la mano. Se le ocurrió que podía sacar disimuladamente su celular y teclear el 911. De a poco acercó su mano izquierda hacia el bolsillo, hasta que lo escuchó...

—Psss. Pssss... Pssss.... —Gabito estaba agachado—Pssss....

El gato negro que Torres había visto en la entrada apareció dando saltitos. Llevaba aquel pañuelo azul como una capa.

—Vamos, campeón... — Gabito le acarició la cabeza, lo rascó detrás de las orejas y después miró a Torres — No se preocupe, es el que tuvo el tratamiento más completo.

Y lo bañó en alcohol.

—Mire —le dijo Gabito.

Ella negó con la cabeza y se volvió hacia el otro lado. La mejilla estaba apretada contra el suelo, marinada en alcohol. Aun así, sintió el calor y escuchó los maullidos.

Se volvió hacia el gato. Era una bola de fuego. Los ojos bien abiertos de Gabito brillaban duros.

—¿Qué hora es? — le preguntó a la policía— ¿Tiene hora?

Ella apretó los labios y negó.

—Bueno, ya fue. Me la juego.

Gabito estiró el brazo e introdujo la mano entre las llamas, allí donde debía estar la cabeza del gato.

—¡Por favor! —gritó la policía, escupiendo.

—¿No se da cuenta?

La cola del gato serpenteaba encendida sobre el incendio que lo cubría. El animal rodeó a su dueño. El piso mojado en alcohol reflejaba las llamas. Torres se dio cuenta. El gato la miró y caminó hacia ella.

—No, no, no —Torres se arrastró hacia atrás.

—Pss... Vení, dale —dijo Gabito.

El gato se detuvo ante su imagen en el charco de alcohol. Su forma apenas se distinguía entre las llamas. Estiró una pata hacia el reflejo.

Gabito golpeó con su uña el táper lleno de agua. El gato giró la cabeza.

—Pss, pss, pss —llamaba el hombre como si tirara de una cuerda sónica.

El animal se volvió a Torres, que estaba arrinconada contra la esquina de la habitación.

—Vení... Psss... —insistió Gabito— Vení... Vamos...

El gato caminó hacia él. Siguió con los ojos cómo su dueño dejaba el táper dentro de la estufa. Maulló y entró. El agua recibió al hocico del animal. Torres lo observó, paralizada. Gabito se puso en cuclillas, intercalando miradas a su mascota y a la mujer en el rincón.

El gato se acostó enrollado. Los jirones de humo replicaron la forma de su origen y subieron en círculos por la chimenea.

—Ya lo vio — dijo Gabito— Hay una manguera en el jardín. Límpiese el alcohol.